

exclamacion concluyo yo: enmendaos, os digo, si no seréis castigados en este mundo, y lo seriais por toda la eternidad en el otro, lo que no permita Dios.

FIN DEL RESPETO Á LOS TEMPLOS.

## EL AMANTE DE JESUCRISTO.

### DEDICATORIA DEL TRADUCTOR

Á TODOS LOS MORTALES.

*Es una verdad innegable que el que pide alcanza; por mucho tiempo habia yo pedido á Dios el divino amor: á este fin me valia de la intercesion de la Virgen María madre de este hermoso amor: como lo deseaba tanto no dejaba piedra por mover, y no solo rogaba á los Angeles y Santos del cielo, para que me alcanzasen de Dios este amor divino, sino que tambien suplicaba á mis amigos y almas buenas que hiciesen oracion por mí, á fin de conseguir tan grande don. Y como el Señor no puede resistir á la fuerza de la oracion, hé aquí que se ha dignado concederme este libro de amor. En algun modo me ha sucedido lo que al profeta Ezequiel (cap. III) á quien dijo el Señor: Come lo que te doy... Hé aquí una mano enviada que traia un libro, y me dijo el Señor, come este libro... abrí mi boca y me sacié con él. Y me dijo: Hijo del hombre, tu vientre comerá, y tus entrañas quedarán llenas con este libro que te doy: le comí, y le hallé tan dulce en mi boca como la miel.*

*Una cosa semejante me ha sucedido á mí: un amigo me vino á ver, y con su mano benéfica y enamorada me alargó este librito, diciendo que era muy*

bueno y que gustaba mucho de él, y me insta para que lo lea. Por condescender á sus instancias acepté el libro, y en medio de mis muchas y grandes ocupaciones traté de leerlo; pero ¡Jesús mio!... ¡qué hallé yo! En este librito, como en aquel campo evangélico, está escondido el tesoro del divino amor. ¡Oh hermosura antigua y siempre nueva, cuán tarde te conocí! En este librito, como en un mapa, veo trazado el camino que debo seguir para amar á Jesucristo: en este librito conozco lo que debo hacer y sufrir para amar á mi amado: y ¡qué dulzura tan grande causa en mi corazón su lectura! mas que la que puede causar toda la miel del mundo á la boca de los mortales. ¡Oh, cuántas veces me hace prorrumpir en suspiros, y arranca de mis ojos dulcísimas lágrimas de ternura y amor!

¡Oh mortales, amantes de la vanidad, que correis afanados en pos de la mentira de este mundo engañoso y que como necias mariposas sois víctimas infelices de la llama del amor de las riquezas, honores y deleites, que con tanta ansia buscáis y adoráis! abandonad, si, abandonad objetos tan inmundos: venid conmigo, y amemos todos al que es digno de nuestro amor: amemos á Jesucristo, ya que el primero nos ha amado á nosotros, y exige nuestro amor; porque reúne todos los títulos para que le amemos: leed este librito, y conoceréis lo que debéis hacer para amarle: seguid el ejemplo de este verdadero amante de Jesucristo, que está retratado en este librito. ¡Ay de mí! que está en lengua extranjera, y quizás muchos de vosotros no lo entenderéis: no os amedrentéis por eso, ya os allanaré el camino: os lo traduciré en vuestro propio idioma, y así os será fácil, gustosa y utilísima su lectura, co-

mo por la misericordia de Dios lo es para mí, y esto es lo que me mueve á presentaros y dedicaros este librito; porque el amor de Dios es muy diferente del amor terreno: de este dice el adagio: Enamorado y señoría no desea compañía; pero el amor divino desea compañía, y quisiera, como fuego que es, convertir á todos en sustancia de fuego divino; leedlo, probadlo y lo veréis: no os digo mas. Valete.

### PRÓLOGO.

El objeto de esta pequeña historia es dar una idea de un fervoroso amante de Jesucristo bajo la persona de un verdadero discípulo del Señor. Esta obrita se divide en tres partes: la primera trata de la vida oculta y solitaria de este hombre de bien; la segunda de su vida pública y laboriosa, y la tercera de sus penas y muerte. En la primera parte se verá como se llena del santo amor; en la segunda como lo comunica á los otros, y en la tercera como se consume en sus puras llamas. Yo ruego al Señor, y le suplico que aquellos que lean ú oigan leer esta historia aprendan, á ejemplo de este grande hombre, á amar á Jesucristo, hacerle amar de todo el mundo y crecer todos los días en este santo amor.

### PRIMERA PARTE.

#### *Su vida oculta y solitaria.*

Por mucho tiempo he buscado una persona que de veras amase á Jesucristo: algunas almas bue-

nas había hallado en el claustro y en el siglo, pero mi corazón no quedaba con ellas satisfecho; aun no había encontrado lo que deseaba. Un día que de ello me lamentaba interiormente con Dios, se dignó escuchar mis votos y me hizo encontrar este verdadero amante de Jesucristo. Hé aquí cómo:

Paseándome una mañana por la orilla del mar, fijé mi atención en estas palabras que ví escritas en la arena: *Amad á Jesucristo*; esto me causó admiración, pero mas admirado quedé al observar que estas mismas palabras estaban repetidas en diferentes lugares de la orilla: es un hombre sin duda, dije entre mí, el que ha escrito aquí en la arena estas palabras; mas ¿quién sabe si este será el que busco? ¿y este hombre no habitará cerca de aquí? Quise indagarlo, y eché la vista á una montaña vecina, en cuya cumbre divisé un pequeño bosque y una especie de casa muy pobre: como empajado de una fuerza irresistible me dirigí allá. Por todas partes hallaba cosas que me animaban á trepar por el monte, no obstante el ser casi inaccesible en muchas partes. Observaba que en las peñas y en las cortezas de los árboles estaba muy á menudo grabado el nombre de Jesús: á veces se hallaban escritas sentencias de la sagrada Escritura todas llenas de fuego, que me hablaban del divino amor. Al acercarme á la casa leí desde lejos esta inscripción: *El que no quiera amar á Jesucristo, que no entre aquí*. Si alguna vez mi corazón ha quedado penetrado de alegría fue en esta ocasión; yo entraré, pues, dije al momento, y este es el lugar dichoso en donde espero hallar al que busco. Apretaba el paso para llegar mas pronto; pero me detuve para escuchar una

voz que tierna y amorosamente se lamentaba. Vos sabeis, decia ella, Vos sabeis, ó Dios mio, que mi corazón arde de amor por Vos; pero ¡ay!... ¿de qué proviene que no os amen los hombres? ¡Oh amor, oh amor, que incesantemente ardeis, y jamás os extinguís! ¡Oh amor tierno! ¡oh ardiente amor, que triunfais de mi corazón! ¡ah! ¡por qué no triunfais del corazón de todas las criaturas! ¡Ay! ¡tanto nos habeis amado y tan poco como os amamos! ¡que no tuviera yo los corazones de todos los Querubines, ó mejor, que no tuviera yo, ó mi amable Salvador, vuestro mismo corazón para amaros tanto como sois amable! ¡Oh amor, que ardeis sin cesar y jamás os extinguís! ¡amor santo! ¡amor casto! ¡amor divino! ¡amor que por todo os derramais! ¡por qué no os extendéis por los corazones de todos los hombres; por qué no los penetráis, por qué no los abrasais con vuestro fuego! ¡Ay de mí! yo no puedo sostener por mas tiempo esta llama que me consume... basta, Señor, basta; á lo menos hallara yo quien quisiera partir conmigo este incendio. Aquí estoy yo, dije al momento: y corriendo á él apresuradamente, le dije otra vez: aquí estoy para repartir entre los dos esa divina llama. Decia esto, porque creía hablar con una persona que me contestaria; pero esta persona no me oía, porque acababa de caer en éxtasis. Veo á un hombre de mediana estatura, de rostro extenuado, pero dulce y lleno de un cierto fuego que indicaba muy bien el amor divino de que estaba lleno. Sus ojos, elevados al cielo, estaban fijos y sin movimiento alguno; medio echado el cuerpo, con un brazo apoyaba la cabeza, mientras tenia el otro

graciosamente caído. Todo me parecía admirable en esta persona y no respirar otra cosa mas que amor á Jesucristo. Créale muerto, porque veía que no respiraba, y para asegurarme de ello apliqué mi mano á su pecho; pero ¡oh Dios mio! ¡de qué fuego, de qué ardor no quedó abrasada! Convencíme entonces de que no estaba muerto, sino que el amor divino le habia extasiado por algun tiempo.

No quise interrumpirle; pero habiéndome puesto en oracion no léjos de él, despierta este hombre de Dios como de un sueño profundo, y mirándome dulcemente me dijo: ¿Sois vos el que quiere amar á Jesucristo? Estas palabras me conmovieron tanto, que de pronto no pude responderle sino con lágrimas. ¡Oh amor que me abrasas! continuó él, sin pararse en mí, ¡oh amor que derrites y consumes mi corazon! ¡por qué no enciendes los corazones de todos los hombres, por qué no los abrasas con esas llamas con que tienes encendido todo el paraíso celestial! ¡ay de mí! ardo yo con este mismo fuego; no puedo contener tan grande llama dentro mi pequeño pecho: y no encuentro quien quiera partir conmigo este fuego divino. ¡Ah! partid conmigo, le dije al momento, partid conmigo, si os place, esta llama divina. ¿Vos quereis, pues, replicó él, amar á Jesucristo? A lo que yo contesté: Este es el mas ardiente de mis deseos; por esto busco una persona que le ame, y que me enseñe á amarle perfectamente. ¡Ay de mí! dijo, dando un fuerte suspiro, yo ignoro si soy esta persona; lo que sé de cierto es, que yo ardo, y que este ardor no es de otro fuego que del amor á Jesucristo. Dijo es-

tas palabras con un modo que me dió á entender bien el amor de que estaba vivamente penetrado, y despues de un rato de silencio prosiguió: ¡qué motivos, qué poderosos motivos para obligarnos á amarle! Pero ¡ay! que ni se piensa, ni se conoce quién es Jesucristo! ¿Sabemos que Jesucristo es nuestro Dios, pero un Dios de bondad, un Dios de misericordia, un Dios de amor, que se hizo hombre por nosotros? ¿sabemos que se hizo niño, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne, en una palabra, que se hizo semejante á nosotros? ¡Ah! si todo esto supiéramos, á buen seguro que arderíamos en vuestro amor ¡oh Salvador mio! y no habria quien no estuviese pronto á consagraros mil vidas si las tuviese: y aun was, si se pensase y meditase que en todo el curso de vuestra vida mortal siempre habeis trabajado por nosotros: por nosotros habeis sufrido todos los tormentos imaginables: á nosotros habeis sacrificado todos vuestros cuidados, todos vuestros méritos, todos vuestros tesoros, toda vuestra sangre, vuestra vida y todo Vos mismo...

¡Oh mortales! si vosotros conociéseis bien á Jesucristo, arderiais todos en su santo amor; pero ¡ay! que no le conocéis; y si los cristianos le conocen, viven como si no le conociesen. ¡Oh mi amable Salvador! haceos conocer de los hombres. ¡Oh amor mio! haceos amar de todos. ¡Ay! tanto como nos habeis amado, ¿y nosotros no os amaremos? Vos nos habeis amado de todo vuestro corazon, de toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas; nos habeis amado de todo vuestro corazon, pues que siempre habeis pensado en

nosotros y de un modo el mas tierno y amable; de toda vuestra alma nos habeis amado, pues que la entregásteis para redimir la nuestra; con todas vuestras fuerzas nos habeis amado, pues que las habeis empleado, usado y consumido por nuestro amor.

¿Qué diré, ó amor mio, de este infinito amor que nos tenéis? Vos nos amais mas que á todas las otras criaturas, pues que únicamente para nosotros las habeis criado y las conservais: Vos nos amais mas que á los Angeles, pues que á ellos no os habeis entregado, y á nosotros sí: Vos nos amais mas que á vuestras delicias, que á vuestras riquezas, que á vuestra gloria: Vos nos amais, en fin, mas que á vuestro mismo corazon, que á vuestra alma, mas que á vuestro cuerpo, mas que á vuestra vida, mas que á Vos mismo; pues que por amor nuestro habeis sacrificado todas estas cosas y las sacrificariais aun si necesario fuese ¡oh Jesús de mi corazon! ¿Y no lo haceis todos los dias sobre los altares, en donde sin cesar os inmolaís Vos mismo por nosotros? ¿y no lo haceis aun sobre nuestros corazones, á donde venís, cuando os place, á consumir este sacrificio?

Yo me extasio y arrebató, continuó, dirigiéndome la palabra, pero ¿qué quereis que os diga? Jesucristo nos ama, y no es amado: él nos da todo, y nosotros todo lo negamos: nos busca, y le huimos: nos habla en el interior del corazon, y no le queremos escuchar: nos llena de beneficios, y le ofendemos á cada paso: nos trae en su corazon, y le echamos del nuestro; en fin, ¿qué diré? ¡Oh Jesús mio! Vos nos amais, y los

hombres no os aman. ¡Oh amor, oh amor que abrais los corazones de los Serafines! ¿por qué no haceis otro tanto con el de todos los hombres? ¡Ay! Vos os humanásteis por nosotros y no por ellos: ellos son vuestros criados y nosotros vuestros hermanos: ¿por qué, pues, encendeis tan grande llama en sus corazones y tan pequeña en los nuestros? ¡Oh amor que incesantemente ardeis y que jamás os extinguís! encended, inflamad, penetrad, consumid nuestros corazones, y haced que Jesucristo reine únicamente en ellos.

Mientras escuchaba con sumo placer y alegría este discurso lleno de fuego, dieron las doce del dia: Ea, me dijo, el reloj de la parroquia vecina me advierte que es la hora en que acostumbro á tomar mi comida; ¿gustais acompañarme? Me parece que aun estais en ayunas, y por tanto no dudo que tendréis necesidad de comer. Acepté de buena gana el convite que tuvo lugar á la sombra de un chaparro al pié de una cristalina fuente, tan pronto como la comida estuvo preparada. Consistia esta en un poco de legumbres, algunas frutas silvestres y en una especie de pececitos que el mar suele echar á las orillas vecinas. Hé aquí, me dijo, lo que el amor nos da: haga Nuestro Señor que los bienes que nos presenta se conviertan todos en su santo amor.

Despues de la bendicion nos pusimos á comer: jamás he asistido á convite mas delicioso; porque á mas del gusto particular de las viandas, la conversacion que entre tanto este hombre santo mantenía, era para mí tan encantadora, que en mi vida he experimentado gusto igual. ¡Oh, qué diferencia tan grande va de las delicias del cielo á

las de la tierra! De continuo me hablaba del amor de Nuestro Señor, y para infundírmelo no hay motivo que no me alegase: me decia que Dios era mi padre; y tan pronto me decia que era mi hermano, como que era mi esposo: añadía que era el mas tierno de todos los padres, el mas amable de todos los hermanos, el mas fiel de todos los amigos, el mas hermoso, el mas sábio, el mas noble, el mas rico, el mas generoso, el mas apasionado de todos los esposos: me explicaba estas cosas con un ademan tan tierno y con expresiones tan elocuentes, que me parecia oír no á un hombre sino á un Angel.

Despues de la comida me condujo á su pequeña habitacion: no he visto cosa mas pobre, pero tampoco mas bien ordenada: las imágenes de la vida, pasion y muerte de Jesucristo adornaban las paredes, y todo su ajuar consistía en dos sillas de paja: en lo mas retirado habia un oratorio y junto á él dos tablas puestas en forma de cruz: esto me hizo creer que le servian de cama para el descanso de la noche, puesto que no ví otra en toda la habitacion. Sentémonos, me dijo; ya veis cuál es aquí mi ocupacion ordinaria: estas imágenes que están á nuestro alrededor me representan continuamente el objeto de mi amor: en la vida y muerte de Jesucristo es en donde una alma verdaderamente cristiana debe aprender á vivir y morir por él: á vista de estos amables misterios se aprende á amarle; pero para esto es menester la soledad. Una persona puesta en medio del tumulto del siglo, nada de esto puede comprender: este es el motivo que me ha obligado á abandonarle, para retirarme á esta celdilla en que

me veis. — Al oír que me hablaba de su retraimiento del mundo, me dió la curiosidad de saber mas en particular los pormenores de su vida: sobre todo cómo habia aprendido á amar tanto á Jesucristo, cuáles habian sido sus principios, y cuáles sus progresos en este amor. Mi demanda le embarazó algun tanto: mas como se lo supliqué por amor del mismo Jesucristo, no pudo excusarse; pero impúsome la condicion de haberle de prometer que en adelante no habia de arder en otro amor que en el de Jesucristo. Poco me costó otorgárselo, y por su parte, á fin de satisfacer á mi peticion, dió principio á la historia de su vida de esta manera: — Siete años tendria yo cuando mi padre tomó por su cuenta enseñarme la ley y religion cristiana: todas las noches me hablaba de Jesucristo, pero de un modo tan bueno, tan dulce y tan tierno, que mi corazon virgen aun recibia con facilidad suma estas primeras impresiones: yo no oía hablar de otras cosas que de las bondades de Jesucristo, y quedé de él tan enamorado, que solo de él hablaba, discurrendo todos los dias cómo hacerle de mí un entero sacrificio.

Padres y madres, ¡ah! si supiéseis cuán importante es educar así á vuestros hijos, los haríais unos santos, y el mundo entero arderia presto en amor de Nuestro Señor Jesucristo. Nada mas interesante que inspirarles estos primeros sentimientos: un cerebro jóven y tierno es susceptible de cualquier impresion, y por poco que se le haga entender las cosas, con dificultad ó jamás se le borran las primeras ideas que ha recibido. ¿ Por qué, pues, desde su edad tierna no

les inculcáis todo cuanto concierne á la persona amable de Jesucristo, su dulzura, su humildad, su obediencia, su modestia, su paciencia, y su incomparable caridad? ¿Por qué no les llenáis el espíritu de esas bellas ideas, que les serán á millares de veces mas dulces y mas agradables que aquellas con las que se acostumbra entretenerles en su infancia? ¡Qué! ¿por ventura hay cosa mas hermosa que enseñarles que hay un Dios? ¿que este Dios es el Señor de todo el mundo, que todo lo ve, que está en todo lugar, que lo gobierna y sustenta todo? ¿que este Dios, digo, tan grande, tan poderoso, tan rico, tan perfecto, tan adorable, que tuvo á bien hacerse niño por nosotros, pasar por todos los periodos de la infancia, humilde, sumiso, dócil, pobre, amable, y que despues de haber vivido treinta y tres años entre nosotros y empleado por nosotros todos sus afanes y trabajos, quiso por fin ser crucificado por nuestro amor?

¿Han visto los siglos cosa mas sorprendente; y puede haber verdad mas encantadora para ocupar la infancia cristiana? ¡Ah! si se cuidara de imprimirles bien estas primeras ideas, jamás se borrarían de sus espíritus, y sus tiernos corazones solo querrian arder en amor de Jesucristo. Yo os confieso que el mio quedó enteramente penetrado: ¡qué fuego, qué santos ardores me abrasaron entonces! Por cualquiera parte que fuese me parecia hallar á mi Salvador; le hallaba en el sol, en los astros, en las flores, en los frutos, en todo lo que se presentaba á mis ojos. Cuando tomaba la comida, me parecia que estaba conmigo en la mesa; que se divertía conmigo cuando

me entregaba á mis inocentes juegos, y que descansaba en su seno tan luego como me entregaba al sueño: para mí eran estas unas ternuras, familiaridades y entretenimientos dulcísimos é inexplicables. ¡Oh, divino Salvador mio, cuán bueno sois, pues así os complacéis en comunicaros con las almas tiernas, sencillas é inocentes!—Escuchaba yo con placer á este hombre seráfico; conocía la importancia de instruir á los niños desde los primeros años en el conocimiento y amor de Jesucristo: admiraba las afecciones amorosas del corazón de Jesús en el corazón de una alma sencilla é inocente; pero reflexionando sobre mí mismo, y viéndome reo de muchos crímenes, no me admiro, le dije entonces, que nuestro amable Salvador se comunique con tanta ternura á una alma tan pura y tan elevada; pero ¡ay! una alma criminal, un pecador como yo ¿podrá esperar los mismos favores, y podrá tan perfectamente amar á Jesucristo?—Sí, me respondió, dándome un estrecho abrazo, una alma verdaderamente penitente puede esperar los mas grandes favores, y puede llegar á ser un perfecto amante de su Salvador: ejemplos de esta verdad tenemos en san Pedro, en la Magdalena y en los Apóstoles, que á excepcion de san Juan, podemos decir que todos habian sido pecadores.—Pecadores, seáis los que fuéreis, Jesucristo os ama: por vosotros ha muerto, y aun volvería á morir si menester fuese; él os ama y vosotros le podeis amar si quereis, y arder por él con aquellas llamas que han abrasado los corazones de tantos Santos é ilustres penitentes. Y aun digo mas, que si os convertís á él, experimentaréis á menudo las bondades

des y ternuras de su amor muy de otra manera que las experimentan las almas mas fieles: testigo es de esto el hijo pródigo del Evangelio, á quien su padre hizo tales caricias y fiestas que jamás habia hecho al hijo mayor que siempre le habia sido fiel.— Este discurso me consoló y me hizo ver de un modo particular que un pecador como yo no debia desesperar de amar algun dia á Jesucristo: le prometí que lo haria con todo empeño, pero que para animarme le suplicaba que continuase la explicacion de la historia de su vida; consintió en ello, y hé aquí lo que me refirió con la mayor sencillez del mundo:—Poco mas de nueve años contaba cuando me instruyeron para la primera comunión: me preparaba á ella del mejor modo posible, porque estaba bien persuadido que en este adorable Sacramento debia recibir al objeto de mi amor, en términos que nada omití de cuanto podia hacerme digno. Ayuné muchos dias á escondidas de la familia; di todo mi dinero á los pobres; buscaba el retiro y hacia largas oraciones: en cualquiera parte que estuyese me hallaba, sin saber cómo, todo lleno del amor de aquel Señor por quien continuamente suspiraba.

Deseos mas ardientes no creo experimentarlos mas en toda mi vida. Recibí, en fin, al amado de mi corazon, y me hallé tan contento, que creia tener en mí todo el paraíso. Nada os digo de los sentimientos de alegría, confianza, amor y reconocimiento que entonces se dignó comunicarme mi Salvador: estaba tan penetrado de ellos, que ya no vivia yo, sino que él vivia en mí: parecia-me en todas partes que llevaba á Jesús en mi co-

razon, y estaba tan lleno de su divina presencia, que en verdad este amable Salvador era el alma de mi alma, á la manera que ella lo es de mi cuerpo. ¡Oh Jesús mio! ¡cuán grandes eran las afeciones de mi alma! Vos os comunicábais á mí con tanta bondad: Vos derramábais en mi corazon dulzuras con tanta abundancia, que á veces me veia obligado á deciros, basta; porque no me era posible sobrellevarlas, ni vivir por mas tiempo.

Como viese que mi amor, Jesús, no cesaba de entregarse á mí, ya en este agosto Sacramento, y ya muy á menudo por medio de ciertas comunicaciones que no puedo explicar, solo suspiraba yo entregarme á él recíprocamente, y consagrarme á él con los lazos mas fuertes é indisolubles. Aun no tenia diez y siete años cuando hice voto perpétuo de castidad: creí que no podia hacerle mayor obsequio de consagrarle desde entonces mi cuerpo y sacrificarle al propio tiempo los placeres de este mundo: pero lo hice prévio el parecer de mi director.

Mas admirad la conducta amable de mi Salvador: hasta entonces nada habia sentido en mí que me condujese á movimientos desarreglados, pero apenas pronuncié mi voto, cuando me hallé combatido de todos los estímulos de la concupiscencia; mil objetos exteriores se me presentaban á la vista para perderme; llevaba en mí un fondo de iniquidad y corrupcion, en fin, sentia mi miseria; pero Vos ¡oh Señor mio! me habeis sostenido en los mismos lances en que me creia perdido; Vos venisteis á mí y me disteis valor en mis penas, y puedo decir que únicamente habeis permitido en mí este fuego del infierno, para encen-



der mejor el de vuestro amor divino. La tentacion duró mas de dos años: y solo encendiéndome mas y mas en el amor de Jesucristo, á quien habia consagrado mi cuerpo con el voto de castidad, conseguí libertarme de tan agudo estímulo. Resolví tambien consagrarle mi alma con el voto de obediencia: hice este voto á la edad de veinte años, y prometí á mi amor, que por este voto le entregaba toda mi libertad, que en adelante mi voluntad seria la suya, y que por esto renunciaba enteramente á la mia, sujetándome del todo á mis superiores.

No puedo dudar que Dios se dignase aceptar mi voto, si he de atender á las récias y duras pruebas en que me puso al momento; no hay cosa que yo no sufriese sobre el particular de parte de los hombres, de los demonios y aun del mismo Dios; parecia que todos mis parientes se habian conjurado contra mí, y que se complacian en contrariarme en todo: los demonios hacian su parte y removian en mi corazon las pasiones mas violentas: Vos mismo ¡oh Salvador mio! me cargábais algunas veces vuestra mano: rodeábaisme de espesas tinieblas; me rechazábais cuando recurria á Vos, y me parecíais mi mayor enemigo; caia al instante en una especie de insensibilidad, sin tener ni voluntad ni deseos: en fin, ni yo entendia en qué habia venido á parar mi corazon: no era dueño de mí mismo; estaba sin libertad: sin embargo hice cuanto pude para salir de este laberinto, y mi director, hombre de virtud y saber, á quien me descubria enteramente, hallaba que todas mis acciones eran muy razonables. Decíame para mi consuelo, que yo tenia un cierto aire

que edificaba al mundo, y que mis palabras ganaban almas para Dios. No podia yo comprender ni gustar lo que entonces me decia este director sábio: tan ciego é insensible era á todo: no obstante le obedecí y me dejé enteramente á su direccion. Viéndome, en fin, reducido á la última miseria, creí que para ayudar á las disposiciones de Dios sobre mí, debia hacer un tercer voto, por medio del que me despojase de todos los bienes de la tierra para consagrarlos á Jesucristo.

Luego que hube hecho este voto falleció mi padre, quien me dejó grandes bienes, que renuncié á favor de mi hermano menor; y disgustado del mundo resolví retirarme en la soledad en que me veis. Pero antes de poder ejecutar mi resolucion, ¿qué de contrariedades no he experimentado? ¿qué de obstáculos no he vencido y superado? Mis parientes, amigos y el mundo entero se esforzaban para detenerme: el demonio, que para mi perdicion suscitaba mil ocasiones en todo, no dejaba tambien de entrometerse en ello. No paró esto aquí, pero caido de improviso, sin saber cómo, en un estado mas miserable que el que ya os he explicado, á mas de ser insensible á las cosas de Dios, experimentaba en mí la revolucion de las pasiones mas horribles, contemplándome al borde de mi entera perdicion: y para decirlo de una vez, apenas hube hecho el voto de pobreza, cuando Dios me hizo sentirla interiormente á la par de la miseria. El mundo y el infierno se concertaron contra mí durante este tiempo; asaltábanme continua y terriblemente, y tanto que no me atrevo á contarlos, pues la sola narracion os horrorizaria.

Pero, ¡oh amable Salvador mio! vuestro amor ha triunfado de todo; he renunciado á los honores, placeres y vanidades del siglo; he abandonado á mis hermanos, parientes y amigos, y les he dejado todos mis bienes; me he desprendido del mundo, retirándome á la soledad, en la que estoy ya hace mas de diez años. La calma mas profunda reinó al principio de mi retiro; no experimenté la revolucion de mis pasiones, el mundo me dejó en paz, y nada me dió que hacer el demonio; tranquilo me hallaba en esta soledad exterior; pero esta misma soledad que veis, no era mas que la sombra de otra soledad en la que me hallé en dichos primeros años. ¡Oh Amor mio! yo os buscaba en todas partes, y Vos os complaciais en huir de mí: yo pensaba haber abandonado al mundo para encontraros mejor y entretenerme á solas con Vos; pero ¡ay! Vos os ocultabais de mí, y eran inútiles todos los esfuerzos que hacia para hallaros: esto convertia mi interior en un desierto lúgubre y en una soledad horrible: ninguna cosa me hablaba de Vos, y hasta vuestra voz callaba; no os veia, y creia haberos perdido de veras para siempre. Lloraba amargamente y me lamentaba con frecuencia de mi desgracia: suspiraba sin cesar en pos de Vos, y mi corazon, que en otras ocasiones tanto habiais consolado, sufría un terrible martirio por no hallar al que solo podia contentarle. Pero ¡cuán bueno érais, Salvador mio, en tratarme de esta suertel me enseñásteis entonces á desprenderme de mí mismo, despues de haber renunciado al mundo, y fácilmente me instruisteis á no apoyarme mas sobre la dulzura de la gracia, á fin de apoyarme

únicamente sobre Vos: el amor que me inspirásteis en los primeros y juveniles años no era otra cosa que un amor de niño; necesitaba de estas pruebas; y era preciso purificarse en estos diferentes estados. Vos lo habeis hecho ¡oh Jesús mio! pero despues de haberme hecho pasar por estos horrorosos desiertos, me habeis finalmente conducido á esta tierra de promision, en la que únicamente se gusta dulzuras, y en donde Vos derramais sobre mí abundantemente vuestras gracias. — Por grande que fuese el placer que experimentaba escuchando al solitario, no pude dejar de interrumpirle. ¡Qué! le dije con viveza, ¿en todos estos estados de tinieblas, tentaciones, miserias, insensibilidad, y en este estado espantoso de soledad amábais á Jesucristo? — Sí, le amaba, me contestó al momento, pero sin saberlo, y esta ignorancia en que me hallaba, era mi mayor tormento. — Pero ¿cómo, le objeté, cómo podiais amarle con unas disposiciones tan espantosas, y mas amarle sin saberlo? — No lo sabia por cierto, me respondió; pero despues que mi amor se ha hecho sentir en mí, bien me lo ha hecho conocer. Sí: amaba yo á mi Salvador amable, y este amor que le profesaba antes tan tierno, tan dulce, tan ardiente y tan sensible se purificaba entonces en medio de mis penas; yo no lo sabia y debia ignorarlo; se purificaba mientras tanto, y me parece oportuno descubrirnos aquí los secretos de este amor divino. — Me explicó en seguida lo que hay de mas misterioso y oculto en el camino de la vida espiritual ó interior: me enseñó como en los primeros fervores y sensibilidades del amor divino hay siempre mucho de amor propio; y añadió:

Mézclase muy á menudo la vanidad y cierta complacencia en la que toma su buena parte la naturaleza: se ama á Dios, es verdad; pero se ama el placer que se saborea en este amor: ámase cierto gusto que se experimenta; se ama el propio interés espiritual, y en él se complace y se descansa; en una palabra, ámase uno á sí mismo y tal vez mas que á Dios. El amor divino, que quiere ser único dueño, viéndose como rodeado de todas estas miserias quiere desprenderse de ellas á toda costa, y este es el motivo por que nos pone en estados y situaciones diferentes: tan pronto nos hunde en las tinieblas y oscuridad, á fin de hacernos conocer nuestra ignorancia, como nos abisma en un estado de ceguedad y aridez, para que sintamos nuestra indigencia; tan pronto suscita en nuestro corazon una revolucion continuada de pasiones, para que veamos que no somos mas que pecado, como nos deja, por fin, en una soledad horrorosa, para hacernos sentir que somos una pura nada.

Este amor divino, haciéndonos conocer así nuestras debilidades, nuestras miserias, nuestras insuficiencias, en una palabra, lo que somos, nos dispone á hacernos conocer mejor su bondad, su misericordia, sus grandezas, su poder y lo que él es. ¡Oh, qué ventajoso nos es, me decia este hombre santo, pasar por todos estos diferentes estados! Pero conviene ser fiel y abandonarse enteramente al cuidado amable del Salvador. No hay duda que á veces sucede que en estas pruebas molestas el alma comete algunas faltas; pero Dios con facilidad las perdona, por poco que se esmere uno en convertirse á él: sabe nuestras fla-

quezas, y en cuanto ve suspirar una alma por él, este Dios, todo amor, se comadece de ella y nada la niega. He pasado por todos los estados de que os he hablado: he padecido todo cuanto el amor del placer, del interés y estima, en una palabra, todo cuanto puede sufrir el amor propio; pero este ha muerto, en fin, bajo tales golpes, y me parece que actualmente me hallo libre de él: no es él quien reina en mí; sois Vos y solo Vos, ¡oh mi Jesús! quien en él triunfais. ¡Oh amor mio! ¡oh amor mio, que abrais mi corazon y que le consumís en las llamas mas puras! ¿por qué no abrais los corazones de todos los hombres, y no los sujetais á vuestro imperio? He abandonado el mundo, es verdad, porque el mundo no ama á Jesucristo; pero quiero volver al mundo para enseñarle cómo ha de amar. Si; iré por todas partes, atravesaré los mares, penetraré los países mas bárbaros, predicaré por todas partes cuán amable es Jesucristo, y cómo debemos amarle.— Me dijo estas palabras con un celo que no se puede explicar; y despidiéndome dulcemente, pues anocheía, —marchaos, me dijo suspirando, volveos á vuestra casa, y no vengais mas á buscarme en mi retiro; puede ser que me halleis en otra parte algun dia; adios, que me voy á donde me transporta la vehemencia de mi amor.— Le supliqué se dignase permitirme pasar con él la noche; pero me denegó esta gracia: retiréme despues de haberle abrazado muchas veces, y me fuí á una pequeña choza que estaba allí cerca, en donde no hice otra cosa, durante toda la noche, que pensar en mi buena fortuna, y recapacitar en mi espíritu las agradables conversaciones que

entre dia habia tenido con mi solitario. Al rayar la aurora abandoné mi albergue para ir al momento á encontrarle de nuevo: busquéle por todas las partes de aquel pequeño bosque, en la fuente y en la celdilla, que hallé del todo abierta; pero sin encontrar en ningun paraje al que buscaba. Habrá tal vez abandonado la soledad, dije para mí, y se habrá marchado para ir á anunciar al mundo el amor de Jesucristo. ¿Quién sabe si escondido en algun rincón estará haciendo sus oraciones? Estando en estas perplejidades, ví una carta en el reclinatorio, la tomé, y leí en ella estas palabras: ¿Por qué me buskais aun aquí? Mi amor me habia traído á esta soledad: mi amor me ha sacado de ella; me veréis algun dia: adios, amad á Jesucristo.

No dudé que este hombre se habia ido por la noche, y que habia renunciado á las dulzuras de la soledad para llevar el amor de Jesucristo por todas partes; por lo que resolví volver á mi casa, consolándome de esta pérdida con la esperanza de que algun dia le volveria á ver.

---

SEGUNDA PARTE.

---

*Su vida pública y laboriosa.*

Después de la conversacion que tuve con el santo solitario, no cesaba de bendecir al Señor por haberme hecho encontrar en él lo que buscaba tanto tiempo habia: un hombre desprendido enteramente del mundo, un hombre despojado de sí mismo, un hombre sobre todo ardiendo en amor

de Nuestro Señor Jesucristo. No podia dejar de pensar en él, y recordar los dulces momentos en que este hombre de Dios me referia la historia de su vida, y me enseñaba insensiblemente los mas ocultos y secretos caminos de la vida espiritual, y el arte admirable de amar perfectamente á Jesucristo: sus palabras, su aire, sus ademanes, su gesto, su persona, en fin, él mismo á todas horas me estaba presente, y esperaba con una santa impaciencia el feliz momento en que habia de verme por segunda vez.

Seis años transcurrieron en esta larga expectativa; pero quiso por fin el Señor escuchar mis votos: viajaba yo por país extranjero, cuando hé aquí que en medio de una vasta campiña percibí á lo lejos una reunion asombrosa de gente: piqué mi caballo, y al estar cerca observé que aquella muchedumbre estaba con una atencion profunda; tuve la curiosidad de saber el motivo de semejante reunion, y reparé sobre una pequeña eminencia á un hombre lleno de santo celo que la hablaba con una voz fuerte y animada. Acerquéme mas para mejor ver y oír; pero ¡oh Dios mio! ¡qué alegría y qué dicha para mí! reconozco á mi amado solitario: veo la misma cara que otra vez habia visto: oigo la misma voz que en otra ocasion tanto habia conmovido mi alma; deslicéme insensiblemente en el auditorio, y me acerqué cuanto pude al predicador, quien proseguia su discurso y hablaba de su amor con tanto celo y elocuencia, que ni uno habia que no estuviese conmovido: todos derramaban lágrimas, y por todo el auditorio se oían ciertos suspiros que da-